

largos trechos. La entretención, que era su fuerte, le falla por falta de substancia.

Isabel Allende ha dicho que no se le han subido a la cabeza los humos del éxito. Que lo pruebe rectificando. Que haga literatura con sus indudables dotes.

IGNACIO VALENTE

<https://doi.org/10.29393/At463-24AAIV10024>

## ANTOLOGIA DE AIRE

De *Gonzalo Rojas*

Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1991, 312 págs.

Gonzalo Rojas ha entrado ya en una fase de consagración y de renombre poético internacional que comienza -que comenzó hace tiempo- a tornar injusto el hecho de no haber recibido aún el Premio Nacional de Literatura. ¿Cuántos homenajes más deben rendírsele en el extranjero antes de que reciba ese galardón en su propio país? ¿O seguiremos con la *boutade* parriana de que “nadie es poeta en su tierra”?

He perdido ya la cuenta de las antologías que se han publicado con lo mejor de su obra poética. Por fortuna, cada una de ellas suele agregar, a su selección pretérita, un cierto número de poemas nuevos. Habiéndome ocupado varias veces de tales antologías, tomaré de ésta solamente su parte final, la que corresponde a la última producción de Gonzalo Rojas. Debo agregar que el prólogo de este libro -*Recado desde México*, de Eduardo Milén- y sobre todo el largo epílogo -*Recado desde España*, de Jorge Rodríguez Padrón- son para mí el prototipo de cómo *no* debe escribirse sobre poesía: uno y otro multiplican lirismo (poesía sobre la poesía), erudición, pedantería y oscuridad, hasta el punto de no decir nada claro y substancial, nada reconocible, sobre la poesía de Rojas.

Bueno será comenzar por lo que menos gusta de nuestro poeta, por su recurso más dudoso si bien habilidoso, por su talento más artificial y literatoso: la fácil distorsión de la sintaxis, el hipérbaton, el abuso de los versos encabalgados. Gonzalo Rojas es el más barroco de nuestros poetas actuales, con un barroquismo -el mejor y más espontáneo- que tiene su filiación en Vallejo, pero también su rebuscamiento gongorino cuando se pasa de rosca. Así, por ejemplo, en esta estrofa que, por otra parte, no carece de cierta gracia: “La habría el Arcipreste amado a la bicicleta / con gozo nupcial, la habría en cada cuerda acariciado, / deseado por vedette piernilarga en el carrousel / de aqueste gran fornicio que es la Tierra, profundizado / con ciencia de aceite por / máquina suntuosa, pedaleado hasta el paroxismo / olor a fucsia en la fermosura de la moza”.

Rojas ha cultivado ampliamente la que llamaríamos “poesía de la cultura”, una poesía sobre la poesía o, en todo caso, un verso saturado de referencias culturales de todos los siglos y de todas las latitudes. Un buen ejemplo de esta escritura autoconsciente y casi libresco: “Entre todos escribieron el Libro, Rimbaud / pintó el zumbido de las vocales, ¡ninguno / supo lo que el Cristo / dibujó esa vez en la arena!, Lautréamont / aulló largo, Kafka / ardió como una pila con sus papeles: -Lo / *que es del fuego al fuego*; Vallejo / no murió, el barranco / estaba lleno de él como el Tao / lleno de luciérnagas; otros / fueron invisibles; Shakespeare / montó el espectáculo con diez mil mariposas; el que pasó ahora por el jardín hablando / solo, ése era Pound discutiendo un ideograma / con los ángeles, Chaplin / filmando a Nietzsche; de España / vino con noche oscura San Juan / por el éter...”

Esta poesía tiene su obvio precedente libresco en Borges, pero la comparación nos obliga a mencionar otras dimensiones de Rojas que desbordan ese precedente, que incluso se le oponen y que son propiedad suya muy específica, a saber: la dimensión telúrica y cósmica, nunca ausente de su obra, y más aún, el esplendor de la naturaleza universal elevado a esa potencia enésima que es lo sagrado y numinoso, lo divino del mundo, lo traslúcido del Uno, que otorga a sus versos una proyección religiosa, especialmente cuando su asunto es el *eros*, el elogio de la mujer transida de sacralidad.

Otra constante de Gonzalo Rojas es su crítica de la vida, por ejemplo -en este libro- la desmitificación del fútbol en el poema “Fútbol sin parar”, un poema sin duda logrado, pero que no cito por que lo encuentro injusto con el deporte (prefiero los excelentes y más comprensivos análisis futbolísticos de Vargas Llosa). Cito en cambio la mordaz crítica incluida en su *Adiós a Holderlin*: “Ya no se dice oh rosa, ni / apenas rosa sino con vergüenza; ¿con vergüenza / a qué?, ¿a exagerar / unos pétalos, la / hermosura de unos pétalos? (...) Computador / se dice con soltura en las fiestas, computador / por pensamiento (...) Tampoco es posible nombrar más a las estrellas, vaciadas / como han sido de su fulgor, muertas, / errantes, ya sin enigma, / descifradas hasta las vísceras por los / instrumentos que vuelan de galaxia en / galaxia”.

Aunque ya lo he comentado antes, no resisto la tentación de volver a citar este hermoso y extraño poema, casi indescifrable y con todo tan expresivo: “Al fondo de todo esto duerme un caballo / blanco, un viejo caballo / largo de oído, estrecho de / entendederas, preocupado / por la situación, el pulso / de la velocidad es la madre que lo habita: lo montan / los niños como a un fantasma, lo escarnecen, y él duerme / durmiendo parado ahí en la lluvia, lo / oye todo mientras pinto estas once / líneas. Facha de loco, sabe / que es el rey”.

Confieso que la oscuridad de otros poemas de Rojas no siempre me convence, porque alude a profundidades que no estoy seguro de que existan más allá del retruécano verbal; pero *esta* oscuridad me parece magnífica. Me parece casi inagotable el encanto metafísico de ese caballo blanco dormido que hace de centro del cosmos y de oído

universal en su deteriorada apariencia, tonto y “preocupado por la situación” (¡excelente!), desmedrado bajo la lluvia y el peso de los niños mientras hace misteriosamente (misterio es la palabra) de microcosmos, de epicentro universal. En poemas como éste vive el mejor Rojas.

Citaré todavía otro poema de los últimos, que comienza por un prosaísmo entre coloquial y documental, y sigue con una de esas enumeraciones caóticas que no lo son del todo, por el hilo intelectual que congregan secretamente sus fragmentos en apariencia dispares, un poco a lo Borges -de nuevo- pero con un tono verbal inequívocamente propio de Rojas: “Cumpló con informar a usted que últimamente todo es herida: la muchacha / es herida, el olor / a su hermosura es herida, las grandes aves negras, la inmediatez / de lo real y lo irreal tramados en el fulgor de un mismo espejo / gemidor es herida, el siete, el tres, todo (...) la barca / del encantamiento con Maimónides al timón es herida, aquel / diciembre 20 que me cortaron de mi madre es herida, el sol / es herida, Nuestro Señor / sentado ahí entre los mendigos con esa túnica irreconocible...” Tal vez el hilo secreto de esa herida multiforme es lo *tíquico*, lo relativo al destino humano y su enigma: otra dimensión constante -y quizá la más profunda- de la poesía de Gonzalo Rojas.

IGNACIO VALENTE

## MAREMOTO

De *Pablo Neruda*

Pehuén Editores. Santiago, 1991.

Hacia 1969, las xilografías de la artista sueca Caren Oldfelt Hjertson sobre nuestra flora y fauna marina inspiraron a Neruda a escribir los poemas correspondientes. En 1970 se publicaron con el título de *Maremoto*, y con una tirada tan mínima y confidencial -110 ejemplares- que esta edición de Pehuén, simultánea con su versión alemana en Nueemberg, puede considerarse la primera. Cada poema viene precedido por el grabado correlativo, y el prólogo es de Raúl Zurita.

Estos 17 poemas se inscriben dentro de la poderosa tendencia nerudiana a hacer el inventario poético de la naturaleza patria, a la manera de las *Odas elementales* y de *Arte de pájaros*, pero con una diferencia: esos dos libros están aún llenos de maestría, mientras que los actuales poemas comparten las virtudes y también las debilidades de la obra final de Neruda: su facilonería, su obviedad, sus encantos menores y más bien retóricos (pero encantos al fin y al cabo). El título, *Maremoto*, si bien sugiere lo más violento de nuestra naturaleza, es aquí sólo un pretexto para englobar los objetos mínimos que la retirada de las aguas deja al descubierta sobre la arena: “Los relojes del mar,/ las alcachofas,/ las